



### El mundo es eterno?

Conclusion.

Manifestamos en un artículo anterior que para saber si la vida está destinada á desarrollarse indefinidamente en cada planeta, ó bien á extinguirse despues de haber alcanzado un grado máximo de esplendor, era preciso haber estudiado el problema relativo á la existencia del Sol. Ahora bien: ¿qué es este astro?

Un inmenso esferoide de materia en fusion que quema en su superficie los gases que se escapan de su interior. ¿Pero el depósito de esos gases es inagotable? No, porque está limitado. Su combustión debe, por lo tanto, ir disminuyendo á través de los siglos, como la de vuestra chimenea cuando no tengais más leña que echar en ella. Esta circunstancia se hace evidente por medio de las manchas del Sol, las cuales demuestran que los elementos de la llama son ya menos abundantes, toda vez que se echan de menos en algunos puntos. En un principio, la deslumbrante llama envolvía al astro por todas partes, y ninguna laguna comprometía su brillo. Es, pues, innegable que, andando el tiempo, esa disminución de luz le conducirá á su completa ruina. El Sol está destinado á apagarse un día precisamente por falta de combustible. Entonces aparecerá tan sólo como una colosal bola roja en fusion, cuyo calor, dadas sus dimensiones, será bastante intenso para sostener la vida en los planetas más cercanos.

Por desgracia para el radiante astro, la pérdida de su combustible no es el único peligro que le amenaza. Está tambien condenado á un enfriamiento, que no tiene más límite que la temperatura media del espacio donde se halla situado.

Es cierto que el Sol podrá luchar durante muchos siglos; pero por poderoso que sea, ¿qué quereis que haga contra la eternidad y el infinito, sino sucumbir como cualquiera otro astro?

Todos los planetas han corrido idéntica suerte, y este precedente no deja la menor duda acerca del fin que le espera. Sabemos, en efecto, que en su origen todos eran pequeños soles, semejantes, salvo las dimensiones, al que nos ilumina, y que quemaban sus gases alrededor de una masa en fusion, produciendo en su superficie una atmósfera abrasadora.

Puesto que de tal estado han venido á tener el que hoy les reconocemos, ¿cómo no hemos de admitir que el Sol ha de seguir el mismo destino?

Si los planetas han podido apagarse cerca de los rayos solares, el astro del día, que no tiene que esperar nada de sus semejantes, colocados demasiado lejos para prestarle auxilio, no podrá tampoco brillar eternamente. Y existirá para él la circunstancia agravante de que su extinción será una muerte real, absoluta, que no marcará, como en los otros planetas, la era de una nueva existencia. Privado de un calor exterior que pueda vivificar sus gérmenes, despues de haber fecundado durante tanto tiempo los de los astros que le rodean, se verá precisado á sofocar los suyos.

La ciencia registra la extinción de varias estrellas que habian sido otros tantos soles, y el célebre astrónomo alemán Hevelius menciona cinco de dichos cuerpos celestes, cuyos últimos suspiros tuvo la gloria y el dolor de recoger con su telescopio.

Herschel tuvo tambien el honor de asistir á los últimos momentos de uno de esos astros y de registrar su defuncion. Hacia algun tiempo que se le veía palidecer gradualmente, despues adquirió un color rojo, y al cabo de diez años de brillar con una luz más débil cada día, entregó su llama á Dios y desapareció para siempre en las profundidades de la noche.

Está, pues, fuera de toda duda que los soles mueren en el cielo, como los hombres sobre nuestra tierra. Nada resiste á la potencia destructora de los siglos; todo cuanto nace perece, ó, mejor dicho, se transforma, y la vida universal no es más que una inmensa corriente de moléculas que pasan incesantemente de una á otra combinacion. Todo es flotante y transitorio en el seno de las leyes inmutables de lo absoluto.

Es prodigioso el número de siglos que

se necesitan para que se realice el hecho de extinguirse por completo el Sol; pero mucho antes la vida habrá desaparecido de nuestro globo.

La debilidad del calor solar aumentará la extension de las zonas glaciales, y la vida se verá obligada á refugiarse en las regiones del Ecuador.

El hombre, que, por sus condiciones y por su inteligencia, puede desafiar las más bajas temperaturas, será el último sér que quedará en pié sobre la Naturaleza.

Reunidos en el Ecuador, los últimos hijos de la Tierra sostendrán un supremo combate con la muerte, y cuando se acerquen las tinieblas, el género humano, fortificado por las adquisiciones científicas de los pasados siglos, lanzará los más puros destellos de su vivísima luz.

Su última palabra será, como el canto del cisne, el postrer resplandor del soplo divino sobre las ruinas del mundo. ¿Quién podrá describir los prodigios de tan espantosa lucha, en que la humanidad terrestre, con los piés en la losa, tratará de arrojar lejos de sí la tapa fatal que querrá sepultarle? ¡Pobre filósofo! ¡Deja la pluma y cede tu puesto al poeta digno de cantar tan grandiosa epopeya!

Homero del porvenir, ¿qué magnífico tema te preparará la agonía de nuestro planeta!

R. C.

### La reina Maria Antonieta

SEGUN SU CORRESPONDENCIA.

Las cartas son la historia del alma; en ellas se revela con sus dolores y alegrías, sus esperanzas y temores, sus simpatías y repugnancias. El corazón no guarda secretos en estas expansiones, por cuyo motivo es un escollo muchas veces la publicacion de una correspondencia. En efecto, ¿cuántos prestigios ha desvanecido y á cuántos héroes ha hecho perder su aureola! Pero en cambio, de este modo se descubren virtudes que el mundo ha ignorado, y el mejor servicio que puede prestarse á esas grandes y santas memorias que la maldiciencia humana ha perseguido con sus insultos, consiste en presentarlas en su intimidad y dar á conocer su correspondencia. Se desvanecen entonces las preveniciones y las mentiras ante el esplendor de la virtud y la luz de la justicia.

Si la justicia ha sido tardía para Maria Antonieta, es, sin embargo, completa, y el respeto de la posteridad vindica á la reina de los furiosos y las injurias de la demagogia.

¿Qué figura la de Maria Antonieta! Pocas existencias hay en la historia marcadas como la suya tan profundamente con el sello del infortunio. Desconocida, ultrajada y calumniada como reina, como esposa y como madre, sólo encontró en el trono pena y amargura, y desde el mes de Abril de 1770, en que partió de Viena para venir á Francia, hasta el 4 de Julio de 1792, que es la fecha de su última carta, ¡cuántas lágrimas bañarian estas páginas, que acaba de dar al público la piadosa solicitud del conde de Hunolstein y de M. Feuillet de Conches!

Se ha prestado un gran servicio á la historia con la publicacion de esta correspondencia admirable, donde el alma de la hija de Maria Teresa se revela con toda su hermosura y su grandeza. El gobierno austriaco, desoso de cooperar tambien á la rehabilitacion, ó más bien, á la glorificación de una princesa de quien está enorgullecida la casa de Lorena, autorizó al conservador de los archivos de Viena para publicar las cartas que habian mediado entre la emperatriz Maria Teresa y la reina, su hija, durante diez años, de 1770 á 1780; y esta coleccion presenta, bajo una luz viva y simpática, los primeros y brillantes años de una vida destinada á un fin trágico.

Maria Antonieta no habia cumplido aún los quince años cuando se concedió su mano al delfin de Francia; habia nacido en Viena el día de Difuntos, 2 de Noviembre de 1755, fecha nefasta, porque fué tambien la del terremoto de Lisboa. Última hija de la ilustre Maria Teresa y de Francisco de Lorena, emperador de Austria, la joven archiduquesa parecia colmada de todos los dones que pueden cau-

tiar los corazones; hermosa, sensible y altiva como su madre, y dotada de una gracia incomparable; la frescura de su tez, el color rubio plateado de su magnífica cabellera, sus rizados ojos azules, cuya mirada era, ya imponente, ya llena de ternura, todo este conjunto de gracias nacientes que envolvía aún la ingenuidad de la infancia, hacia de la delina, en el momento en que partió de Alemania y apareció en la corte de Luis XV, como una luminosa personificacion de la inocencia y la juventud.

Peró las alegrías duran poco, y el dolor recobra pronto sus derechos. La primera afliccion de Maria Antonieta fué separarse de su madre y de su país, y durante su viaje á Francia escribia ya á su querida hermana Maria Cristina, duquesa de Sajonia, la única á quien se atrevió á abrir su corazón:

«Estoy bañada en lágrimas, y sólo las he enjugado para escribir á nuestra bondadosa madre al cruzar la frontera del imperio. ¿Por qué he de entristecerla? ¿Qué diría si supiera que estoy más dispuesta á volver atrás que á correr al destierro? Sí, el destierro. ¿Qué destino tan cruel es el de las hijas del trono! Sólo pueden casarse lejos de su patria... ¡Voy á lo desconocido! Pero debo callar, porque nuestra madre no puede haber consentido en lo que fuera mi desgracia. Perdóname, ámame y déjame llorar.»

¿No se diría que hay lágrimas de sangre en esta carta? Los presentimientos más sombríos agitan el alma de la princesa; ya hacia lo desconocido, y á un desconocido tan espantoso, que hubiera retrocedido de horror si lo hubiese entrevisto un solo instante.

Llegó por fin á Versalles, donde fué recibida con pompa y obsequiada, pero hasta en medio del esplendor de la corte, como durante las largas horas del viaje, su corazón se angustia y está triste su alma. Una desatada tempestad y la horrible catástrofe de los fuegos artificiales que causaron la muerte á centenares de personas, entristecieron las fiestas de su casamiento y le parecieron otros tantos siniestros presagios.

La permanencia en Versalles ofrecía en aquella época escasos atractivos á una princesa de 15 años. Todo era allí grave, por no decir triste, y la etiqueta reinaba despóticamente en aquel palacio é inmundicia el fastidio y la melancolia. El anciano monarca permanecía casi continuamente callado, y vivía solo y retirado en sus habitaciones ó en las de Mad. Dubarry, el astro oscuro y despreciable en torno del cual gravitaba aquella corte sin dignidad. Maria Antonieta habia sabido juzgar muy pronto la situacion, y habla de ella con raro criterio en su correspondencia. Se comprende que con su carácter ardiente y amable sentira en aquel centro moroso y frio la necesidad de un afecto profundo y expansivo. Desgraciadamente, no lo encontraba en su esposo, y esto no debe extrañarnos. Se han investigado curiosamente los motivos de la indiferencia del delfin por la hermosa y seductora niña á la cual le habian unido, y se puede encontrar una explicacion muy sencilla y natural en la edad del príncipe.

No olvidemos que, ademas de tener un carácter nada precoz y muy poco animado, sólo contaba un año más que la archiduquesa; su complexion lenta, su excesiva timidez, aumentada con el aislamiento en que le habian tenido durante su infancia, y cuya tristeza habia dejado en su fisonomía un tinte melancólico, su profunda devocion, que custodiaba la pureza de sus costumbres, y su imaginacion escasa y tardía, bastaban suficientemente para explicar por qué el amor no se apoderó de su corazón hasta mucho tiempo despues, y por qué las gracias y la elegancia de la jovial, viva y animada princesa le inspiraban más embaraço que deseos. Su bondad era extremada, pero esta virtud no correspondia bastante á las aspiraciones de un corazón sediento de dulces afectos; así pues, al través de las cartas de la delina, y apesar de las seguridades de dicha de que están llenas, se advierte que le falta algo y que no ha encontrado el bello ideal que se habia formado.

En medio de este hastio, ó por mejor decir, de estos desengaños, se concibe que pensase tanto en la familia que habia de-

jado en Viena, donde no habia etiqueta ni otra regla que el cariño y la union perfecta entre todos. Echa de menos el círculo íntimo en que habia sido tan dichosa, y lo recuerda en sus cartas á su madre y á su hermana con una gracia, una sensibilidad y una ingenuidad admirables. Hasta ahora sólo se conocia á la reina como una mujer algo altiva, llena de majestad y un poco burlesca, pero no se conocia á la joven, y casi diré á la niña cariñosa, festiva, ya alegre, ya melancólica, pero siempre afectuosa y leal.

En Versalles hace esfuerzos inmensos para conciliarse la amistad de todos; toma parte en las fiestas populares, y si conserva un buen rincón eterno para su familia y el país donde nació, quiere ante todo ser francesa, y como escribirá más adelante, es «francesa hasta las uñas». ¡Vanos esfuerzos! Mientras se esmera en no ofender á nadie, no está segura de que se porten siempre del mismo modo con ella; y esta malquerencia, que no se disfraza ya, le da momentos de tristeza que le cuesta trabajo ahuyentar.

Peró aún debia complicarse más esta situacion. El 28 de Abril de 1774, el rey se sentia indispuesto en Trianon; el día siguiente se declaraba la viruela; toda la corte, ténerosa del contagio, huía del lecho del enfermo, y el 10 de Mayo Luis XV espiraba, legando la corona á su nieto. Al recibir la infausta nueva salieron de los labios de Maria Antonieta un grito de horror y una oracion: «¡Dios se compadezca de nosotros... El rey acabó de existir! ¡Dios mío! ¿Qué va á ser de nosotros? El delfin y yo estamos aterrados al ver que vamos á reinar siendo tan jóvenes». Y el día siguiente escribia á su madre: «Estamos más conmovidos aún que ayer; la muerte del rey nos legó una tarea tanto más aterradora, en cuanto el delfin ha permanecido siempre extraño á los negocios, de los cuales no le hablaba el rey nunca; de modo que no puede menos, despues de mostrar serenidad y dar algunas órdenes, de venir continuamente á llorar conmigo. Hay momentos en que me estremezo y tengo miedo, y él me decía no há mucho que estaba atontado como un hombre que cae de un campanario.»

Ningun príncipe subió jamás al trono animado de un sentimiento tan profundo de sus deberes, con el alma tan penetrada de la grandeza de su mision y tan resuelto á ser el padre de su pueblo como Luis XVI. No carecia de instruccion y talento, pero llegando al supremo poder en una época tan agitada, la lucha le encontró desarmado. Escrupuloso é indeciso ante la resistencia, no tuvo la audacia de la accion; rey á los diez y nueve años de edad, acometió involuntariamente y con libre y generosa iniciativa la obra de la reforma política y administrativa de su reino; y si se recapitula todo lo que llevó á cabo en doce años de reinado, se verá indudablemente que si hubiera muerto en 1788, la historia lo hubiese incluido en el número de los soberanos que más han trabajado para asegurar la ventura de sus pueblos.

Desde el advenimiento del nuevo rey principiaron las intrigas. La reina hubiera querido que se nombrara primer ministro al duque de Choiseul, cuya habilidad no podia ponerse en duda; pero rodearon á su marido influencias fatales, y no lo consiguió. Veía brotar por todas partes la desconfianza contra ella; la consideraban como una extranjera, y el pueblo, tan fácil de extraviar, le era hostil y la insultaba con canciones.

No la inquietaban mucho estas canciones, pero eran un síntoma, y muy pronto se publicaron contra ella infames libelos. «Lo que más me afecta, escribia á su hermano José II, es la obstinacion de ciertas personas en presentarme como una extranjera, en decir que sólo pienso en mi patria y soy francesa por fuerza. Esto es indigno; todas mis acciones prueban que cumplo con mi deber y que tengo un placer en cumplirlo.»

Quando la reina podia huir de la etiqueta de la corte y de los sinsabores de la política, se refugiaba en Trianon, donde vivía á su gusto, en medio de las flores de sus jardines, se desvanecía la inquietud de lo porvenir y recobraba la sonrisa y la alegría.

Peró muy pronto el malhadado proceso

del collar dió nuevas armas á la calumnia y excitó los odios. No es mi ánimo referir aquí ese triste episodio; recientes é infelices trabajos históricos han vindicado completamente á la reina de las acusaciones de sus enemigos. Nadie ignora las ilusiones insensatas del cardenal de Rohan y las bajas intrigas de madama de Lamotte.

Maria Antonieta hubiera querido sofocar el negocio, pues preveía el escándalo; el rey se negó, y el Parlamento, ganado por la poderosa familia del acusado y arrastrado por los enemigos de la reina, absolvió al cardenal, lo cual fué un baldón y un insulto para el Trono. «No necesito decirte, querida hermana, la indignacion que me ha causado el fallo que acaba de dar el Parlamento, para el cual es muy pesada la ley del respeto; es un horrible insulto y estoy ennegada en lágrimas de desesperacion... Compadéceme, porque no merecia esta injuria. Despues de haberme esforzado en hacer tanto bien, de no haberme acordado de que era hija de Maria Teresa, para ser, como me habia recomendado al darme el beso de despedida, francesa desde el fondo del corazón, sacrificarme á un perjurio, á un intrigante impúdico, ¡qué dolor!»

Si pudiera subsistir aún alguna duda sobre la virtud de Maria Antonieta, se desvanecería ante esta carta, que respira la indignacion más verdadera. Una mujer culpable no hablaria así; la inocencia tiene un lenguaje que no se imita.

En medio de todas estas amarguras, cercada de intrigas y privada muy pronto de la madre ilustre, que era su guía, sólo quedaba á la reina un consuelo, sus hijos. Se le habia negado durante mucho tiempo esta bendiccion del cielo, y siete años despues de su casamiento envidiaba aún la dicha de su hermana la reina de Nápoles. Peró fué madre por fin, primero de una niña, despues de dos niños, y desde entonces se manifiesta en su correspondencia un amor ardiente hacia sus hijos. Si están enfermos, pasa la noche á la cabecera de su cama, observa su carácter, piensa sin cesar en su educacion, vigila á las personas que colocan á su lado y da instrucciones sobre la manera de dirigirlas mejor. No los educa para ella, sino para su país.

«No se les ha infundido idea alguna de elevacion y orgullo, escribe, y deseo que se continúe así, pues nuestros hijos saben siempre muy pronto lo que son.»

Esta carta es del 24 de Julio de 1784, en cuya época principiaba la revolucion francesa.

H.

### El abanico.

El más elocuente de los accesorios de la mujer (por no decir «chirimbolos», usando frase de célebre académico) es, sin duda alguna, el abanico.

No es, ciertamente, simple objeto de utilidad; puede serlo, y de hecho lo es, en las manos del hombre, á ménos que este hombre se llame Enrique III de Francia, quien, según los historiadores, lo manejaba como una mujer; pero en las del bello sexo responde á superiores fines, ya que no ha de servirle de pretexto en Invierno la sencilla mision de agitar el aire y refrescarlo.

¿Qué lenguaje hay tan expresivo como el de su movimiento?

Asusta si es rápido y descompasado; entusiasma si es vivo y rítmico; enamora si es lento é igual.

Quando vela una sonrisa, obliga á meditar al indiscreto que procura descubrirla; ocultando un rostro, mueve á desesperacion; apoyado en carmeños labios, no hay dedo que imponga silencio con mayor imperio.

Al cerrarse, produce alegría si en su simbólico idioma indicó una frase afirmativa; la tristeza, si en la fuerza con que se replegó sobre sí mismo pronunció una negativa terminante.

Al abrirse con estrépito, descarga una nube de celos y de cólera; al desarrollarse paulatinamente, escribe un poema romántico y melancólico de amor; éste es un modo espontáneo, su aspecto sincero, como si recoge sus pliegues uno á uno, duda, y es su modo de reflexionar.

Quando quiere cubrir púdico el seno de

la bella, causa el efecto contraproducente de la voluptuosidad, porque á veces su lenguaje fué creado por la coquetería, como la palabra, segun Maquiavelo, para ocultar la verdad.

Erguido sobre la falda de una mujer, sustentando dulce peso de torneado brazo, es el «cetro del mundo», como con toda exactitud lo ha llamado Marechal... Nunca es, en fin, mudo; alguna vez indescribible, las más elocuentes, de una elocuencia arrebatadora, siempre lleno de interes, de gracia y de donosura.

Nada hasta hoy han podido averiguar, que nosotros separamos, los prehistóricos acerca del abanico en los tiempos tal como usualmente se viene haciendo.

No es nuestro abanico, vosotros lo sabéis, simpáticas lectoras, arma peligrosa inventada en el dia por otros Remington ó Plasencia, enemigos declarados de los hombres, ni producto del revolucionario siglo XVIII, ni aun hijo de la historia moderna, ni de la poética Edad Media, ni creado en la época romana, ni siquiera fueron sus padres los griegos: el abanico trae su origen de Oriente, cuna de la civilización; y como donde hay civilización (íbamos á decir mujer) hay refinamiento y coquetería, nació con el primer gesto de la Rya india, personificada en la divina Lakemi, diosa de la belleza.

¿Qué recóndito misterio encierra este mueble para que todos los pueblos del viejo mundo lo conozcan sin excepcion? Preguntad al poeta indio, y os dirá que es como el astro de la noche, y comparará los efectos de su movimiento á los de la tempestad con el trueno, el relámpago y el rayo.

Interrogad á los chinos, y responderán con una de sus más inspiradas poesías, que la esposa es como el abanico de rica seda, apreciado por el indolente poseedor en tanto que mantiene determinada temperatura.

Y si quereis saber el origen de la moda reciente de pedir al poeta que escriba en el abanico alguna nota de su sentimiento, y al pintor algun rasgo de su inspiracion, tornad la vista á los tiempos más remotos de la China y de la Arabia; así como para averiguar de dónde nace la moda de llevar colgados los abanicos por cordones ó cadenas de cintura, es preciso volver al siglo XVII, que dirá es mero restaurador de una costumbre de la Edad Media.

Pero ¿de quiénes copiaron los mejicanos el abanico?

Todos los pueblos tienen iguales necesidades, los mismos refinamientos, idénticos simbolismos; no obstante, cada uno imprime en los detalles de sus obras el sello característico de su originalidad; así el abanico de Moctezuma estaba adornado de hermosa trenza de dorados cabellos, salpicada de piedras preciosas!

Las damas de buen gusto en Europa se dedican hoy á formar coleccion de abanicos, entre las que son dignas de mencion las pertenecientes á la condesa de Chambrun, la condesa de Beausier, Mad. Jabinal, la baronesa Nathaniel de Rothschild, lady Lindsay, la reina Victoria, etc., etc., interesadas en gran parte de las exposiciones de abanicos organizadas en los años de 1870 en South Kensington Musseum, de Londres, y en Milan el año de 1874. Tambien la bibliografía de tan curioso mueble va siendo numerosa.

Si no estuviéramos en España, donde atesoramos tanta desidia como objetos de verdadero valor artístico y mérito arqueológico, nos atreveríamos á proponer la celebracion de la tercera exposicion de abanicos.

Como la historia es una cadena, el Occidente es un eslabon que sigue al Oriente sin solucion de continuidad; así se explica que el siglo XIX lleve en su seno átomos de todas las civilizaciones, pensamientos de antiguos periodos, instituciones de pueblos y razas que pasaron. Así tambien el Cristianismo hereda fórmulas paganas que se traducen en su litúrgica y subsisten hasta el presente.

La Iglesia griega conserva el abanico como objeto de que se sirve en sus ceremonias; el rito católico armenio lo emplea de igual manera, y en la Iglesia latina se han guardado con fidelidad las costumbres hasta el siglo XIX, en que se entregó exclusivamente al Sumo Pontífice, cual simbolo de su suprema jerarquía, usado en las grandes solemnidades eclesiásticas.

Segun todas las probabilidades, San Jerónimo en el desierto de Chalois, San Fulgencio en su monasterio, y otros varios Santos Padres de la Iglesia, se dedicaron á la industria de construir abanicos para el culto.

Así, no es de extrañar que, revestido de la santidad de un lado, de la autoridad superior laica del otro, con el poder atractivo de sus oscilaciones, movido por la mano de una bella, tenga para todo hombre el múltiple carácter de báculo, de baston de mando, de espada militar, y hasta de puñal á veces, siendo mirado con religiosidad, con respeto, con amor, con miedo. ¿Quién, despues de esto, dudará de la veracidad de aquel epitafio, atribuido á Caracciolo?

«Debajo de esta losa, El cuerpo del abate D... reposa. Murió este pobre hombre De un golpe de abanico, ¡no os asombre!»

Hacia mediados del siglo XV, usábanse en España abanicos redondos, guardados de pluma; pero de allí á poco se generalizaron los plegados con pais semicircular, y de un arco menor, importados de China á las cortes de España y Portugal; y durante todo este siglo y el XVI, dividiólos la moda en tres géneros: «de plumas, plegados y en forma de bandera», dando la Italia la norma de todos ellos.

La última especie, inmortalizada más tarde por el pincel de Tiziano y de Pablo Veronés (véase «Venus y Adonis» en la rotunda del Museo de Madrid; notable anacronismo!) se dividía en dos, «abanico de novia», que era completamente blanco, y de colores el de la mujer casada. ¿Por qué Tiziano prefirió semejante hechura de abanico en alguna de sus obras maestras?

¿Pretenderia indicar, por la semejanza que tiene este banderín con una veleta, la volubilidad de los sentimientos femeninos? Entónces no salía bien librado, pues le colocaba en manos de su mujer, que era su modelo.

Isabel de Inglaterra, la reina vestal, como la llama Shakspeare, fué la primera que introdujo en la etiqueta la jurisprudencia, no interrumpida hasta hoy, de ser éste el único objeto que puede aceptar como regalo una reina de sus súbditos.

Un siglo despues, la moda de los abanicos era general en toda Europa. En Italia, hombres y mujeres los usaban indistintamente, y en España comienza hacia esa época el gusto de pintar los paisajes, iniciado, á lo que parece, por el artista Cano de Arévalo, que logró renombre y fortuna, semejante á la que en nuestros dias goza en la república vecina monsieur Soldé.

En Suecia de igual manera se introdujo la costumbre de llevarlos las señoras en Invierno y en Verano, como venganza á la cruel respuesta de la reina Cristina, quien consultada por las damas de la corte si debían usarlos en tiempo de los frios, respondió: «Ni aun en el Estío lo necesitáis; ya sois demasiado frescas vosotras!»

En Francia comienza el gran periodo de los abanicos pintados por Carlos Lebrun, por Felipe de Champaigne, por LeMoine, por Romanelli el «Rafelino»; por todas las celebridades, en fin, del siglo de Luis XIV. La célebre Ninon de l'Enclos se dice que puso en boga los abanicos con lente en el sitio del clavillo, los cuales son de muy diversas formas.

El siglo XVIII desarrolló más y más estos muebles joyas, recuerdos de amor, regalos de amistad y objetos de veneranda tradicion en las familias, usando desde de la cabritilla y el pergamino hasta el papel y el encaje en las vitelas, y las más ricas cinceladuras enajinas ó incrustaciones en los pies y en las guías. Nada tan elegante, original y delicado como el modelo de abanico de encaje con miniaturas, perteneciente á tiempos de la célebre Pompadour, y más tarde reproducido, así como uno de María Antonieta encontrado en Burdeos. La aguada fué el procedimiento empleado preferentemente; y Watteau, Lancret, Boucher, los maestros que en Francia ejecutaron maravillas.

Pero la revolucion francesa, que debía influir en todo, modificó el gusto de los abanicos, cambiando los asuntos que se pintaban y promoviendo una reaccion en el varillaje, que desde Luis XV sobre todo habia sido un tanto bárbaro. Contribuía á semejante reaccion el deseo de volver á lo clásico, con especialidad en lo concerniente al tocado de las damas que vestían la «neglissé á la patriota»; y las verdaderas «vitelas», que habian empezado á caer en desuso, fueron reemplazadas por el tafetan y el «tisu», á veces pintado á la aguada, otras adornados de flores, ó caprichos sobrepuestos, y aun por telas ordinarias ó papeles pintados en que las bellas republicanas escribían, ya el mote «Muerte ó libertad!», ya canciones populares.

En cierta ocasion, y quizá como protesta contra «los asignados», pegaban á los abanicos esta clase de papel moneda.

Carlota Corday, asesinando á Marat, segun se dice, sin abandonar su abanico en la mano izquierda, mientras hería con la diestra al terrible «amigo del pueblo», hizo desaparecer la moda de los abanicos á la Marat.

En los últimos años del Directorio vinieron «los abanicos liliputienses», dando lugar á la siguiente cruel invectiva:

«Cuando las mujeres acostumbraban á avergonzarse, usaban grandes abanicos para ocultar el rubor del rostro: hoy que no tienen rojo carmin que ocultar en las mejillas, llevan abanicos imperceptibles». Siguiéron ya en la restauracion los «abanicos anagramáticos», á la lechuza (coqueta), abanicos necessaire (con espejos), abanicos palmas, abanicos bouquets, de bolsillo, doblados por un ingenioso mecanismo, etc.»

España ha sido siempre rival de Francia en estos muebles-alhajas, por más que en muchas ocasiones haya recurrido á ella para las monturas.

Pero terminaremos. ¿A qué hablar del siglo XIX. Hé aqui, en resumen, la historia del abanico, complemento de la mujer; porque mujer sin abanico, es flor sin perfume y gladiador sin egida.

Mad. Stael ha venido á decir: «Ignorando el manejo del abanico, no hay mujer adorable».

Nosotros, aceptando la clasificacion «de quienes son mejores», de Balzac, en su «Fisiologia del matrimonio», añadiremos: «Mujer sin abanico no es mujer; le hace falta algo que constituya la verdadera naturaleza femenil».

Historia de los Montes de piedad.

La historia de esta benéfica institucion es curiosa, y como por otra parte el saber no ocupa lugar, voy á contarla.

Antiguamente se daba el nombre de Montes á las cajas públicas donde se colocaban fondos á rédito. Los Montes hacían, pues, operaciones de préstamos y depósitos.

La palabra piedad unida á la de monte fué empleada con gran acierto para dar una idea de la institucion que las dos juntas debían crear.

Los Montes de piedad son originarios de Italia, pero el primer establecimiento que sin aquel título prestó sobre prendas con regularidad, fué creado en Freisingen, Baviera, en 1198.

Cincuenta y dos años despues se fundó un Banco de préstamos sobre prendas en Salinis (Franco Condado), por medio de una asociacion de mercaderes que reunían 26.000 florines. El interes era para aquellos tiempos bastante crecido; un 7'25 por ciento.

Miguel de Norlbrug, obispo de Londres, legó en 1361 1.000 marcos de plata para el establecimiento de un Banco de préstamos sin interes, pero con la condicion de que el empeño de la prenda sólo durase un año.

Puede decirse que la usura practicada en grande escala por los judíos, nombre que han conservado despues en todos los paisos los usureros, aunque blasonen de cristianos viejos, fué la verdadera causa que, inspirada por un sentimiento caritativo, dió vida á los Montes de piedad. Tanto es así, que al final de un sermón predicado en 1402 contra la usura en una iglesia de Perusa por el fraile recoleto Bernabé de Terni, se hizo una cuestion de fieles y produjo la cantidad suficiente para crear un Banco de préstamos sobre prendas sin interes.

Las ciudades de Orvieto en 1462, Viterbo en 1471, Savona en 1479, Mantua en 1484, Ferrara y Bolonia en 1487, Parma, Rimini, Montefiore, Luca, Aquila y Padua en 1491, no tardaron en poseer Montes de piedad creados por efecto de las predicaciones de Bernardino de Feltre, recoleto de gran virtud y elocuente palabra. Estos establecimientos fueron confirmados por una bula pontificia.

Algunos años despues, en 1497, Florencia, Pavia y Milan fundaron Montes de piedad bajo la protección de sus principes soberanos. Por último, á principios del siglo décimosexto todas las ciudades y villas de Italia, aun las menos importantes, todas, excepto Roma, poseían Montes de piedad. El interes no pasaba en ninguno de un 6 por 100.

Poco despues, en 1504, comenzó un periodo de persecucion contra estos establecimientos. Los judíos primero y los dominicos despues, denunciaron la institucion como contraria al derecho canónico, y fué necesario nada ménos que un concilio para que triunfara la idea de los recoletos.

Este concilio comenzó en 1512 bajo el pontificado de Julio II, y terminó en 1517 bajo el de Leon X.

La Ciudad Eterna no tuvo Monte de piedad hasta 1539, gracias á la actividad del religioso de la órden de mínimos Juan Calvo, de origen español. En él se prestaba gratuitamente hasta la cantidad de 30 escudos, y cuando era mayor la suma prestada, el interes no pasaba nunca de un 2 por 100.

En 1546, Carlos V, que utilizaba en grande los fondos de los indios y de los los lombardos, les autorizó para fundar Bancos de préstamos sobre prendas, y el primero de estos establecimientos que tomaron el nombre de lombardos se abrió en Gante. Los préstamos se hacían con un 68 por 100 de interes, lo que enseña que la raza de los explotadores es de largo abolengo. En 1592 el interes bajó hasta un 32, no por virtud de los usureros, sino por necesidad, dada la competencia que les hacían los préstamos de la caridad.

En 1618, Matias Michaeli, hidalgo de Lieja, organizó en Bruselas una lotería cuyo producto debía servir para la fundacion de un Monte de piedad. Realizó su proyecto, y los estatutos, modificados por Wenceslao Goberger, fueron aprobados por Felipe IV, rey de España, pero sólo con aplicacion á los Paisos Bajos, donde gracias á esta concesion habia en 1633 quince Montes de piedad.

La introduccion de estos establecimientos en Francia data de 1611. Hugo de Lestre, lugarteniente de Luis XIII, presentó á Maria de Médicis el proyecto de un Monte de piedad compuesto:

- 1.º De un Banco de préstamos sobre prendas.
2.º De una tontina para dotes de doncellas.
3.º De una caja de ahorros para los obreros y sirvientes.
4.º De una casa refugio para los sacerdotes pobres, las viudas y los huérfanos.
5.º De un asilo para los ancianos.
6.º De un asilo para pecadoras arrependidas.
7.º De una casa de correccion para los jóvenes de mala conducta.
8.º De un depósito de mendigos.
9.º De un hospital de púridas.
10. De una escuela para la enseñanza gratuita de artes y oficios.
11. De una caja para la redencion de cautivos.
12. De un seminario para la enseñanza gratuita de los jóvenes pobres que quisieran consagrarse al estado eclesiástico.
13. De un hospicio para los indigentes, idiotas, huérfanos y cómicos de más de cincuenta años de edad.
14. De una caja de auxilios á los convertidos; y
15. De un depósito ó granero.

Como ven los lectores, atendía á todas las necesidades morales y físicas de su época. Además, la administracion del Monte de piedad debía tener á su cargo la inspeccion de los mercados y de la salubridad pública, comprometiéndose tambien á educar gratuitamente en los colegios á tres jóvenes de cada pais de Europa que lo solicitasen.

Fácilmente se comprende que este proyecto era demasiado bello para que pudiera realizarse.

Luis XIII lo desechó; pero dispuso que se crease un Monte de piedad en Paris. Esto no se llevó á cabo hasta 1777, siendo Necker ministro, y aun así y todo, fué necesaria la actividad y la energia del lugarteniente de policía Juan Lenvir.

El Monte de piedad que hoy existe en Paris fué establecido en la misma calle donde hoy se halla, el 22 de Noviembre de 1777.

El interes fué fijado en un 10 por 100 anual. Los préstamos que hizo en el primer año importaron 8.309.304 francos.

El hospital general de Paris proporcionaba el dinero, y disfrutaba del beneficio; pero no bastándole su capital, le autorizó Luis XVI para realizar un empréstito de 4 millones al interes de 5 por 100. Para facilitar las operaciones se crearon sucursales en Versalles, Saint-Germain, Compiegne, Fontainebleau y Saint-Denis.

El personal era de 194 empleados entre los y dependientes. Hoy tiene más de 300.

En tiempo de Napoleon I fueron sometidos los Montes de piedad á la vigilancia del ministerio del Interior, y fueron asimismo reorganizados en Francia, Italia y Bélgica.

Existen 70. No todos tienen un tipo de intereses. Tres prestan gratuitamente: los de Grenoble, Tolosa y Montpellier; el de Angers presta sin interes hasta 100 francos, y al 1 por 100 en adelante. El tipo más alto es el del Monte de Luneville: 18 por 100 hasta 100 francos, y 12 cuando pasa de esta cantidad el préstamo.

La estadística demuestra que de cada 1.000 propietarios, 700 son obreros, 125 comerciantes, 75 personas que ejercen profesiones liberales y 100 propietarios é rentistas.

Tambien hace observar que cuanto más prosperidad hay en el pais y mayor calma se nota en la esfera política, mayor es el numero de préstamos que se hacen; disminuyendo éstos considerablemente en las épocas de crisis políticas ó financieras; fenómeno curioso que nadie, ni los economistas, podrían sospechar.

Viniendo ahora á nuestro pais, donde por desgracia, y apesar de las leyes, la usura ha vivido y prosperado y todavia vive y prospera, debemos consignar que la base del capital para la fundacion del Monte de piedad de Madrid fué un real de plata depositado por la esposa de Felipe V en una cajita el 3 de Diciembre de 1702. Desde su instalacion formal en 1724 hasta el año 1728 prestó gratuitamente, gracias á las liberalidades del rey, que no sólo le hizo donacion de la casa de la plaza de las Descalzas, en donde ha estado hasta la construccion del nuevo edificio, sino que mandó recoger para él limosnas en las Américas, y pagó á los empleados con fondos del Estado.

Fué su fundador D. Francisco Piquer, capellan titular de las Descalzas Reales. Durante varias épocas ha prestado sin interes; pero cuando el Gobierno resolvió desentenderse del pago de sus empleados, fijó el tipo de 6 por 100, que es el que hoy subsiste.

Como no ha sido mi ánimo otro que el hacer una breve historia de los Montes de piedad, aquí termino, lamentando que no se haya ocurrido á ningun gobierno establecer para la propiedad Montes de piedad como los que existen para las alhajas y ropas. Con ellos los pobres labradores, los dueños de fincas que tienen necesidades apremiantes, no se verían obligados á hipotecarlas pagando un interes usurario; interes que casi siempre produce este efecto: despojar á muchas familias acomodadas, para hacer un millonario avaro y egoísta, inútil á su patria y á la sociedad.

(Gracia del Proprietario.)

Variedades.

Una sátira que atribuye Fanfulla á Pio IX, revela el tacto delicado y singular ingenio que distinguió siempre al venerable Pontífice.

Hé aqui la curiosa anécdota que ha empezado á hacer fortuna en la prensa europea:

La célebre bailarina Fany Essler se hallaba en Roma en los primeros años del pontificado de Pio IX.

Los admiradores de la bailarina, desearo darle un recuerdo, abrieron una suscripcion que produjo en cuarenta y ocho horas cerca de 12.000 pesetas.

Acordóse comprar una corona, que valia próximamente esa suma, en casa de uno de los mejores joyeros. Cuando se trató de entregársela á la bailarina, experimentaron los suscritores algunos escrúpulos y acudieron á consultar al Papa. El encargado de esto hizo presente á Su Santidad el buen corazon y los sentimientos caritativos de la artista.

Pio IX respondió: «No tengo por qué autorizar ó prohibir nada en este particular, ni tampoco quiero oponerme á vuestro proyecto. Me parece, sin embargo, que no habeis tenido mucho acierto en la eleccion del obsequio. En mi sencillez de sacerdote, habia creído siempre que las coronas se hacían para la cabeza, y no para las piernas».

Entregaron por fin la corona á la bailarina; pero ésta, que supo el epigrama del Papa, mandó repartir el valor del regalo por medio de los curas á los pobres de Roma.

Pio IX lo supo, y habiendo visto algunos dias despues á uno de los suscritores, le dijo:

«Habeis hecho muy bien en dar la corona á esa mujer; ella os ha demostrado que tiene en sus piernas más juicio que el que cabe en vuestras cabezas.»

La célebre bailarina, por esos destinos extraños de la suerte, casó posteriormente con un monarca de los más inteligentes y queridos de Europa.